

TRAS LA SOMBRA DEL BRUJO

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES



PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL

edebé

periscopio

TRAS LA SOMBRA DEL BRUJO

**PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL**

FRANCISCO DÍAZ VALLADARES

TRAS LA SOMBRA DEL BRUJO

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL



Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Xavier Brines, Sra. Paula Jarrin, Sra. Rosa Navarro Durán, Sr. Robert Saladrigas y Sra. Care Santos.

© Francisco Díaz Valladares, 2017

© Ed. Cast.: Edebé, 2017
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebé.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de colección: BOOK & LOOK
Fotografía de cubierta: © Ramón Ríos Lara / Shutterstock

Primera edición, marzo 2017

ISBN: 978-84-683-3274-1
Depósito legal: B. 1954-2017
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

A mi querida Mayte.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

AGRADECIMIENTOS

Mi reconocimiento, admiración y respeto a Reina Duarte por su constante inquietud en difundir una literatura juvenil de calidad.

Y a Isidro Matos Bellido, por las ideas propuestas en el diseño de la portada.

1. Los ojos del asesino

*Hay que esperar cuando se está desesperado,
y andar cuando se espera.*

Gustave Flaubert

Hacía un rato que el sol se había ocultado tras el horizonte. Sin embargo, por el oeste aún persistía una franja anaranjada reivindicando la parte final del día.

La mayoría de los habitantes del poblado de Kibati, al borde del Parque Nacional de Virunga, en la República Democrática del Congo, habían encerrado ya el ganado en los rediles y empezaban a recluirse temerosos en sus chozas para pasar la noche. Desde hacía algunos días los tambores *legüeros* venían avisando de los ataques de un león, y nadie quería quedarse fuera después de la puesta del sol. Los perros, sueltos en los corrales, permanecían atentos, nerviosos.

En los límites de la selva, un clan de chimpancés llenaba la tarde de gritos disuasorios tratando de alejar a un grupo rival de su territorio, mientras cientos de pájaros piaban estridentemente disputándose las ramas de los árboles para pasar la noche.

Todo parecía normal, cotidiano, rutinario. En la última choza del poblado, una mujer bajita y huesuda,

envuelta en una especie de pareo de vivos colores entre los que predominaba el rojo, recogía con premura la ropa puesta a secar sobre la hierba. Ella también había oído los tambores parlantes y estaba preocupada porque su marido y su hijo aún no habían regresado con el ganado. Cuando se incorporó con un puñado de prendas apretado sobre el pecho, no se percató de los ojos amarillentos que vigilaban atentamente sus movimientos desde la espesura.

De repente, un búho enorme ululó, batió las alas y se perdió en el cielo chillando asustado.

Se deslizó un clamoroso silencio.

La mujer miró rápidamente hacia la arboleda. Nada. Todo estaba tranquilo. El aleteo del búho había llamado la atención del resto de los animales. A lo lejos vislumbró la polvareda de los cebús que regresaban de pastar. Enseguida identificó los chillidos y gritos del pastor dando órdenes a los perros para agrupar el ganado. Era su marido. Al otro lado de la manada localizó a su hijo y respiró tranquila. ¿Por qué siempre eran los últimos en regresar?

Miró al cielo. La tarde era cálida y corría un viento suave y agradable. Sobre las montañas, un grupo de buitres formaba un círculo de muerte.

El revoloteo de los pájaros y los gritos de los monos volvieron a marcar los latidos del crepúsculo, y la mujer se apresuró a concluir el trabajo para preparar la cena. Terminó de recoger la ropa y entró en la vivienda sin advertir que los ojos vigilantes se movían con cautela entre los árboles, a pocos metros de la entrada de su choza.

Era un viejo león hambriento, el mismo que había atacado a otras personas y del que hablaban los tambores. Cuando un león viejo cataba la carne humana, ya no buscaba otra. Cazar personas era más fácil que correr tras un antílope. Solo tenía que esperar.

Permaneció agazapado entre las hierbas mirando fijamente el lugar por donde había desaparecido la mujer, con los músculos contraídos, preparado para saltar en cuanto apareciera su presa. Pero ella no salía. Se impacientó y avanzó unos metros más, silencioso como una serpiente. El hambre le corroía las entrañas. Estaba tan pegado al suelo que solo asomaban unos flecos de su melena rojiza confundiendo con la hierba.

Se relamió varias veces.

Poco después, la mujer salió con un barreño en la mano.

Un fuego helado se prendió en aquellas pupilas asesinas. El león se recogió sobre sí mismo, tensó los músculos y se apoyó sobre las patas traseras.

Los sonidos de la tarde enmudecieron.

Y por segunda vez, ella buscó nerviosa el motivo.

Nada.

Sin embargo, sabía que cuando los animales callaban, algo malo iba a suceder.

¿Qué alteraba el ritmo normal de la jungla?

Volvió a indagar con la mirada girando la cabeza a un lado y a otro.

En ese momento, una enorme sombra surcó el aire y le cayó encima.

Un grito desgarró el silencio.

Los perros del poblado ladraron, pero ninguno de sus habitantes se atrevió a franquear la puerta de su casa. Sabían que habría sido inútil.

El león arrastró aquel cuerpo endeble hasta las profundidades de la selva.

Los ladridos de los perros se fueron espaciando hasta que pararon y los sonidos retornaron a la normalidad.

El rastro de sangre que se perdía en la espesura y un jirón de tela con vivos colores enganchado en las espinas de un arbusto eran lo único extraordinario.

2. *Élodie*

*Muchas personas mueren a los treinta años
y los entierran a los ochenta. En realidad, no se muere
solo cuando el corazón deja de latir; sino cuando los
latidos dejan de tener significado.*

El tren se adentró en un túnel. El estrépito reverberó en el espacio cerrado y lo sacó bruscamente de su estado somnoliento. Sobresaltado, volvió la cabeza hacia la ventanilla y no reconoció la imagen que le devolvió el cristal. Julien tenía diecinueve años. Era alto y fuerte, con el pelo rojizo y la cara llena de pecas. Sin embargo, al otro lado del cristal había un viejo ojeroso, de rostro escurrido, mirada desvaída y cabello desgredado.

Desde que salió de Nueva York, cinco días antes, apenas había pegado ojo. Casi siempre, cuando visitaba al abuelo Pablo, en la República Democrática del Congo, volaba directamente a Kinsasa y desde allí tomaban una avioneta hasta Kindu; pero ese año quiso ver a un amigo en Matadi, un importante enclave portuario a orillas del río Congo, a mitad de camino entre la capital y el océano Atlántico. Allí pasó tres días disfrutando de su compañía y conociendo la ciudad. Sin embargo, el último tramo del viaje le pareció eterno,